

("Los Lunes de El Imparcial", Madrid, 15 diciembre 1915).

Vae victoribus!

O.C. tomo IX



Encontré á mi pobre amigo en un lastimoso estado de ánimo. Habíase adueñado de él aquella negra murria que solía á temporadas anegrecerle el espíritu.

—¿Qué te pasa?—le pregunté.

—Te he oído decir alguna vez—me contestó—que así como á otros les duele la cabeza ó el vientre ó una muela, á ti suele á las veces dolerte la patria, España.

—Y así es—le dije;—me suele doler España como si fuese parte de mí, siéndole yo de ella. Pues si nos duele el cuerpo todo, ¿no ha de dolerse cada parte de él?

—Pues á mí—me replicó—empezó por dolerme España, como á ti, y ahora me duele el universo mundo todo y hasta me duele Dios. Quizás esto te suene á enorme desatino. Voy á explicártelo.

—No, no hace falta—exclamé;—te lo entiendo. O, por lo menos, creo entendértelo. Y acaso sea peor el que trates de esclarecérmele, pues quedaría más oscuro. Mejor es así. Y en este tu duelo, ¿qué imaginas?

—¡Ya puedes figurarte, locuras...! Primero, constituir una Liga absurda, que por absurda me complace, y luego pienso en cuál es el dictado más honroso que en esta nuestra tierra se puede apetecer, el que yo apetezco.

—¿Y qué Liga es esa?

—¡La Liga de los Deberes del Hombre!

—¿Pero estás loco...?—le dije.

—En eso pienso, y es el pensar si estaré loco lo que va á volverme tal. ¿No has pensado nunca en la terrible locura de dar en dudar de si se está cuerdo ó loco? Los médicos conocen todo el espanto de las aprensiones, pero no sé si conocen bien la más terrible aprensión, la de dudar de si se está cuerdo. Y esto, ¿sabes cómo viene?

—Me lo figuro. Será dudando de si los otros lo están.

—Justo y cabal. O la inmensa mayoría de la Humanidad, casi todos los que conozco, están locos, ó lo estoy yo. No podemos estar cuerdos ellos y yo.

—Es que sólo se es cuerdo por oposición y frente á la locura—le dije en voz baja y acercándome á él.

Mírome con esos ojos que me dieron miedo; cayósele algo la cabeza—se le cayó más bien que la bajó,—pareció mirar algo por debajo del suelo, y, sin mirarme ya, dijo como si hablara con un ser no existente:

—En efecto; si todos estuviéramos locos, no lo estaría ninguno, y tampoco estaría nadie cuerdo si lo estuviéramos todos. Se es cuerdo como se es loco, por oposición. Y esto, dime, este feroz tormento de caer en la duda de si



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GRÉDOS.USAL.ES



si está ó no cuerdo, esto que te digo de que me duele el mundo, de que me duele Dios, esto, ¿qué es?

Le miré con lástima y con envidia á la vez, le puse mi diestra sobre su hombro izquierdo, y mirándole á la mirada, le dije:

—¡Pobre amigo mío! ¡Don Quijote te socorra!

Y después de una pausa, en que creí notar que se le ennegrecían y humedecían los ojos, añadió:

—¡Formar una Liga de los Deberes del Hombre! No sabes lo que te piensas: Hoy no se entiende mas que un deber, y es el deber de reclamar derechos...

—¡No me hables de derecho!—gritó exaltándose.—¡No me hables de derecho!

—Cálmate; no te hablaré de esa alcahuetería.

—Y sobre todo—volvió á gritar,—¡no mentir, no mentir, no mentir! El octavo, ¡no mentir, no mentir!

—No te exaltes así—le dije,— vuelve en tí.

—¡Vuelve en tí...! ¡Vuelve en tí...!—murmuró.—¿Es que me dejan volver en mí? ¿Es que no me saca de mí mismo toda esta horrible farándula de... de eso, de eso de que te he rogado que no me hables? Sí; soñaba en una Liga de los Deberes del Hombre para oponerla á la otra, á la Liga de la mentira y de...

—¿De qué?

—De lo otro, de lo peor que la mentira: ¡del juego! ¡Tomar la ciencia en juego, el arte en juego, la vida en juego!

Callóse un momento. Ambos nos quedamos oyendo el silencio. Por debajo de él habriase podido percibir los latidos del corazón de mi pobre amigo. Su rostro estaba encendido. Y al romper el silencio me preguntó:

—¿Sabes cuál es el consuelo de las almas de hielo, de las de corcho y de las de arena? Pues es la ridícula quisicosa que llaman progreso. En cuanto oigo hablar de vivir á la moderna me hiede á liviandad y á ramplojería.

—A la moderna ó... á la europea—le insinué.

—Eso de á la europea—me contestó sonriendo—tiene la ventaja de que ya sabemos que no sabemos lo que quiere decir. Antes, cuando eso de Europa era una denominación geográfica, sabíamos á qué atenernos; pero ahora, desde que se ha elevado á categoría transcendente, ¡cualquiera lo entienda! ¡Por lo menos yo, no! Y es una cierta ventaja no saber bien qué significa eso de Europa. A lo que se añade que tampoco sé lo que quiere decir moderno. ¿Qué es moderno? Eso vendrá de moda, ¿no es así? ¿Qué es moderno?

—Claro; como tú no eres de ahora...

—En efecto; yo soy del siglo décimo ó del trigésimo; tengo un alma medioeval, de la edad media que pasó, ó de la que volverá cuando pase esta borrachera progresista. Mi concepción y mi sentimiento del universo y



Vae victoribus.



9-1775

de la vida son dualistas; veo y siento la vida desde la muerte y pienso en las dos vidas. Y me aterra esta edad, en que no se cree ni en la una ni en la otra. Porque aquella ingenua fe en esta vida que profesó la edad de la superstición, es decir, el Renacimiento, se ha agotado y hoy no es sino hipocresía. Y yo, no, no, no, no soy de esta edad! ¡Figúrate, soñando en el sacrificio! ¡Miral!

Se levantó, cogió un periódico y me mostró unas líneas que había subrayado y decían: «... ha pasado por la afrenta de que no prevalecieran sus propósitos.»

—¿Lo ves?—exclamó.—¿Lo ves? ¡Hay gentes que creen que aquel cuyos propósitos no prevalecen queda afrentado! ¡Hay gentes que creen que es una ignominia la derrota! Y yo te digo: ¡Vae victoribus! ¡Vae victoribus!

—¡Cálmate! ¡Cálmate!

—¿Pero no crees—me preguntó con lágrimas en la voz—que yo estoy loco?

—¡No!—le contesté con la mayor redondez afirmativa.—¡Creo que lo están casi todos los demás!

—¡Ah! ¡Quién sabe...! El mundo está loco... el siglo está loco... Y la cordura mundana consiste en seguirle el humor, en ponerse á su tono, en enloquecer ó fingir que se enloquece con él. Por aquello de que hay que vivir...

Mi pobre amigo abatió su frente y pareció emborazarse en unas tinieblas invisibles. Luego dejó caer lentamente, copo á copo, como en nevada nocturna, estas palabras: ¿Y si estuviese yo equivocado...?

—¡No!—le grité.—¡No! ¡Mil veces no! ¡Un corazón encendido en amor como el tuyo no puede equivocarse! ¡No! ¡Tu corazón es infal-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S



libel! ¡No; tu derrota es su triunfo! ¡Sigue, pues, sigue soñando en la Liga de los Deberes del Hombre! Y déjalo. No son mas que...

—¿Más qué?...—Y me miró.

—Nada mas que haraganes. Quieren hacer que hacen y no hacer. ¿No les has oído que el progreso es incoercible? ¿Que no sirve querer oponerse á la corriente? ¿Que no se puede ir contra el siglo? Ya lo ves; el progreso no es para ellos sino lo que otros llaman el hado, la fatalidad. Ningún verdadero progresista cree en el libre albedrío. El progresismo no es sino fatalismo. Es más, ningún verdadero progresista cree en la libertad. El progreso, lo que llaman así, es la tiranía. ¡Haraganes, haraganes, haraganes! ¡Dejarse llevar! Y dejándose llevar es como se vence. Y bien dijiste «vae victoribus» ¿No sabes lo del loco de la estrella?

—¿Qué?—me preguntó inquieto.

—Pues era él un loco que, agarrado con la mano izquierda á una argolla de una cadena que ceñía á una roca, quería de noche coger con la diestra una estrella para detener la marcha de la Tierra.

—¿Y qué consiguió?—me preguntó con voz que parecía venir de otro mundo.

—Pues consiguió—le dije,—consiguió... consiguió vivir su vida y curarse de su locura con la muerte. Y hoy vive en la estrella y tiene la Tierra en sus manos como un juguete. Y en su cabeza una bacía de barbero coronada de espinas é irradiando luz.

—Y ese pobre loco—añadió—ha merecido el más noble, el más puro, el más sagrado y santo de los dictados que hoy aquí se otorgan, el que debe uno esforzarse por merecer.

—Ah, sí, es lo que dijiste al principio. ¿Y cuál es ese dictado?

—El de... soberbio!

—Tienes razón—le dije,—tienes mucha razón. Es un soberbio todo el que cree en lo que dice y dice lo que cree; es un soberbio el que no se deja arrastrar; es un soberbio el que se deja derrotar, esc que el mundo llama derrota; es un soberbio el que tiene fe en algo. La humildad consiste en no tener fe en nada y jugar á la vida. La humildad consiste en transigir con la mentira. Hay quien ha llamado soberbio á Don Quijote. ¡Es más, hay quien se ha atrevido á sostener que lo que le llevó á la Cruz á nuestro Divino Maestro no fué mas que soberbia!

—¿Qué honor para un cristiano á quien le motejen de soberbio!—exclamó.

—¡Y ahora—le dije por último,—pensemos en la Liga de los Deberes del Hombre!

Miguel de Unamuno.

